

## Notas al margen

## La novela de los mineros

Sobre “El reguero del abedul”, de César Rodríguez Gutiérrez

Germán Ojeda



La novela “El reguero del abedul”, escrita por el profesor universitario César Rodríguez Gutiérrez, es un emocionante relato de la vida y milagros de un minero llamado Lorenzo, de la aldea de la Güeria de Urbiés en el valle de Turón en Asturias, pero podría ser también la historia de los mineros de los distintos valles de las cuencas asturianas, de los mineros alemanes de la cuenca de Ruhr, de los mineros de Sudáfrica y en general de todos los mineros.

Es una novela histórica breve e intensa de un minero que nos cuenta en primera persona cómo nacen, crecen, viven y mueren unas gentes humildes destinadas a sufrir, a malvivir, a trabajar sin tregua, a hacer de jóvenes la guerra por la patria, y, si no queda más remedio, a hacer la revolución por una vida mejor.

Hacer la guerra imperial de la gran burguesía “patriótica” en Filipinas o en Cuba por no poder pagar la redención en metálico para quedarse en casa como hacían los hijos de esos burgueses, mientras en efecto “los condenados de la tierra” iban a servir en Filipinas, como le pasó al padre de Lorenzo. Hacer la guerra colonial en África, como le pasó después al joven Lorenzo, una guerra hecha, dice la novela, “por mozos de pueblo, en su mayoría pobres campesinos y obreros, que nunca habíamos salido de nuestro entorno más próximo. Tampoco sabíamos cuáles eran las razones políticas que hacían imprescindible nuestra presencia allí. Nadie se molestó nunca en explicarnos eso. Ni siquiera comíamos bien, apenas descansábamos, (...) más de uno enfermaba de paludismo y tenía que soportar durante semanas aquella fiebre intermitente e incómoda que acababa secándose como a un junco, y todo para qué”.

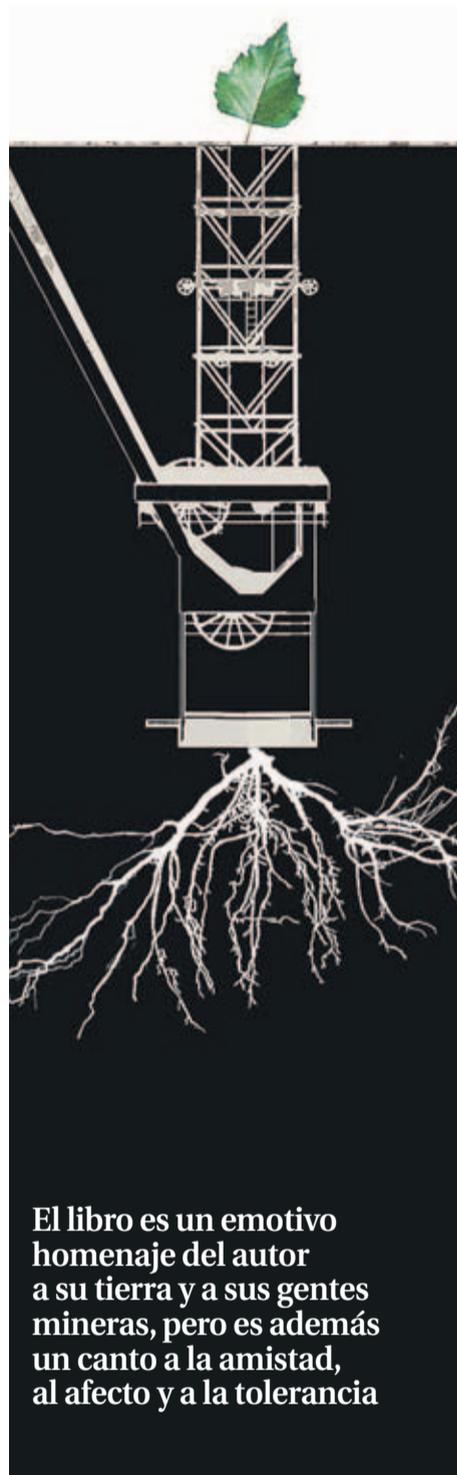
Hacer también la revolución, como quisieron hacer los mineros asturianos en octu-

bre de 1934, una revolución llena de sueños, idealista y romántica, porque como dijo en un mitin en Mieres La Pasionaria “valía más morir de pie que vivir de rodillas”. Una revolución que sin embargo el joven Lorenzo no entendía después de vivir la muerte de muchos compañeros en la guerra africana, después “de tanto esfuerzo por abolir la monarquía”, después de ver cómo los políticos “acostumbrados a vivir relativamente bien instalados en la comodidad de la palabra, pueden arriesgar su buena posición a cambio de alcanzar una utopía que podía costarles la vida”.

Y entre las guerras perdidas y la revolución fallida, entre la monarquía y la república, la mina, siempre la mina. La mina del padre, la mina de Lorenzo y mañana la mina de su hijo Luis. La mina que atrapa, la mina que daña, la mina que mata. Y también la mina que da el dinero justo para sacar adelante a la familia, para poder comer todos los días aunque sea poco, para levantar una casa rústica y precaria al final del camino donde poder refugiarse con la familia.

Leyendo el libro uno se emociona y además aprende muchas cosas. Cómo se roturaban los prados del monte para cultivarlos, cómo se complementaban los modestos salarios, cómo se explotaban los recursos comunes, por ejemplo las castañas, que según nos cuenta el autor eran “en estos años de hambre y necesidad, una de las fuentes de alimento más preciadas. Utilizamos las castañas de muchas maneras: cocidas con agua y sal, asadas sobre la chapa de la cocina de carbón, secas tras pasar unos meses curándose en el hórreo e, incluso, sustituyendo a las patatas en cualquier potaje”.

Y aprende también mucho sobre la minería y los oficios mineros, sobre el desarrollo urbano del valle de Turón, sobre la geografía económica de la comarca y además sobre los ciclos económicos, sobre la crisis hullera de finales de los años 20 del siglo pasado, o la recuperación forzada de la posguerra por la imperiosa necesidad de producir carbón nacional para poner de nuevo las fábricas en actividad y mover los transportes cuando el



El libro es un emotivo homenaje del autor a su tierra y a sus gentes mineras, pero es además un canto a la amistad, al afecto y a la tolerancia

nuevo régimen franquista estaba aislado y la segunda guerra mundial no terminaba. Aunque tratándose del valle de Turón tal vez faltan más referencias identitarias, referencias a los dueños nobles del territorio—los Bernaldo de Quirós—, a los campesinos plebeyos que impulsaron la expansión minera—los Inocencio Fernández que luego incorporaron el apellido postizo de Figaredo—, y por fin a los vascos que convirtieron el valle en una gran mina abierta al exterior gracias al ferrocarril de vía estrecha, el ferrocarril “Vasco-asturiano”, construido para bajar el carbón de la empresa minera vasca Hulleras del Turón por San Esteban de Pravia a Altos Hornos de Vizcaya.

El libro es un emotivo homenaje del autor a su tierra y a sus gentes mineras, pero es además un canto a la amistad, al afecto y a la tolerancia. A la amistad entre el joven soldado Lorenzo y el nuevo compañero de la milicia africana, un extremeño llamado Manuel, que llegado al servicio militar analfabeto aprenderá a leer en África con Lorenzo recitando de memoria a Machado, un extremeño que será luego guardia civil, y que destinado al Principado para reprimir el levantamiento de Asturias buscará en mitad del desastre el abrazo fraterno de su amigo minero republicano: paz en la guerra.

La Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad de Oviedo ha parido un novelista. Se trata, como apuntamos al principio, del profesor César Rodríguez, catedrático de Fundamentos del Análisis Económico, que además de un eminente académico es director del departamento de Economía Aplicada. La economía se ha hecho historia, la ciencia un relato. El libro se acabó de imprimir, según consta en la última página, el 31 de julio de 2019 “día en que se cumplen 24 años del cierre definitivo de la explotación minera más emblemática del valle de Turón, el Pozo Santa Bárbara”. En efecto, el cierre de ese pozo, como el de tantos otros, es el cierre de una larga historia de trabajo y dignidad de los mineros asturianos. Mi hija pequeña se llama así, Bárbara, en homenaje a los mineros. Gracias amigo César.

## Catedral de Oviedo 2021

Los 1.200 años de la dedicación de la basílica de San Salvador



Jorge J. Fernández Sangrador

Desde el 24 de noviembre de 2019, la ciudad de Amiens se viene preparando para la celebración del octavo centenario de la dedicación de su catedral, el templo gótico más amplio de Francia, según dicen. La llaman “Biblia en piedra”. En el programa,

que se desarrollará a lo largo de estos meses, hasta el 22 de noviembre de 2020, figuran conciertos, conferencias y vigiliadas de oración.

En diciembre, para iniciar la campaña de promoción del jubileo, la catedral fue iluminada, durante tres noches sucesivas, por 5.000 candelas. La empresa Nations 153, especializada en la organización de este tipo de eventos, se encargó de todo. Como ha declarado su presidente, Jean-Baptiste Brejon, la finalidad principal de ese gran despliegue de luces no era otra que la de causar un fuerte impacto por medio de la belleza lumínica en el interior de las personas que no frecuentan la iglesia.

Por otra parte, en Burgos fue constituida, en 2017, la “Fundación VIII Centenario de la Catedral. Burgos 2021”, con el fin de coordinar, realizar y financiar los actos conmemorativos de la dedicación del primer templo de aquella diócesis. Se prolongarán hasta 2022. Y, ya de paso, se impulsarán otros entes de máxima importancia cultural y turística: Atapuerca, el Camino de Santiago, el Geoparque de Las Loras, la

Lengua castellana, el Camino del Cid y, ¡en Burgos, curiosamente!, el Consulado del Mar.

Pues bien, según César García de Castro Valdés, profesor de la Universidad de Oviedo, la dedicación de la basílica de San Salvador de Oviedo tuvo lugar probablemente el 13 de octubre de 821. El año que viene habría que celebrar, de ser así, en la ciudad de Oviedo y en la diócesis, el duodécimo centenario de la consagración de la iglesia que devino tabernáculo de la catedral episcopal ovetense. Se espera, no obstante, que los historiadores arrojen luz sobre la datación, por si hubiese otras opiniones al respecto.

Se ha dejado pasar la conmemoración de los mil doscientos años de la designación del primer obispo, Adolfo, que, tal como figura en la “Guía diocesana”, aconteció en 811. No se debería dejar caer ahora en el olvido, en puertas del Año Santo Compostelano 2021, una efeméride como la que constituye la de la dedicación de la basílica de San Salvador de Oviedo, dada su significación espiritual e histórica en los

inicios de la peregrinación a la tumba del apóstol Santiago. Tampoco las de la consagración de San Tirso el Real y San Julián de los Prados.

Y es que, como sostiene Ken Follet, autor de la celebrada novela “Los pilares de la tierra” y autor de una obra titulada “Notre-Dame”, publicada recientemente en homenaje al templo parisiense, los basamentos del mundo no son ni los regímenes políticos ni las teorías socioeconómicas, sino las catedrales, que apuntan al cielo, elevando a la humanidad hacia Dios, quien, con la fuerza de su amor, sostiene a la ciudad y a sus habitantes.

Follet pensaba en las de estilo gótico, que es, al fin y a la postre, del que se revisitó la prerrománica basílica de San Salvador de Oviedo, la cual nos reclama, mil doscientos años después de su exclusiva dedicación al culto, a la dispensación de la gracia, al conocimiento del evangelio y a la edificación de la comunidad, que sigamos construyendo, desde ella, la catedral del mañana, con el mismo grado de excelencia que hasta el presente.